

Las elecciones y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

EN el mundo antiguo que formaban Mesopotamia, Egipto y Persia imperaba el despotismo y no fue hasta que surgió Atenas cuando por primera vez se elaboró un sistema democrático. Este consistía en permitir el que cualquier ciudadano libre asistiera a las reuniones legislativas y pudiera ser escogido para el desempeño de los cargos públicos. A lo largo del tiempo sus funciones alternaban, puesto que no existía la división específica de los poderes del Estado.

En la República Romana nacieron los primeros partidos políticos que eran el blanco y el rojo, nombres derivados de las túnicas de colores que portaban sus dirigentes. Entre los habitantes resultaba forzoso inscribirse en alguna bandería y durante las elecciones la lucha por alcanzar el puesto de censor o el senado ocasionaba un verdadero tumulto.

Puede afirmarse que el imperio romano terminó con cualquier forma de democracia y que ésta no renació hasta 1640 cuando se produjo la guerra civil inglesa contra el absolutista Carlos I. En el parlamento reaparecieron los partidos políticos que se habían extinguido desde la república romana y los "tories" con ideas conservadoras apoyaron el retorno de la monarquía, mientras los

"whigs" se inclinaron por el liberalismo.

En 1789 estalló en Francia la revolución más importante de la historia y se instituyeron los derechos del hombre. Desafortunadamente sus principios de libertad, igualdad y fraternidad se fueron perdiendo. Al mismo tiempo la invasión de las fronteras francesas trajeron las victorias de Napoleón Bonaparte, quien por ambición se transformó en emperador, pero a su caída en 1814 las ideas democráticas ya habían penetrado en una mayoría de los países civilizados.

Hoy en día puede afirmarse que la extinción del colonialismo ha desarrollado el que haya elecciones más o menos aceptables en las naciones del planeta. Incluso Sudáfrica ha permitido que una población discriminada durante siglos ocupe el poder.

Sin embargo, a pesar de lo que acabo de describir en sociedades insuficientemente desarrolladas como la nuestra continúan existiendo dos clases de personas: las que gobiernan y las que son gobernadas.

Las primeras que lógicamente resultan las menos numerosas llevan a cabo las funciones políticas, monopolizando el poder y gozan de todas las ventajas que sus cargos les proporcionan como enriquecimiento, vida placida y ostentosa. Compran casas, automóviles y

mujeres con un despilfarro que asustaría a cualquier emperador romano. Gozan de una impunidad inenarrable en la cual sus guardaespaldas actúan como lacayos y les sirven cuanto quieren. Las señales de tránsito no existen para la escolta y los viajes se realizan sin que haya razón alguna para efectuarlos, pero además deben acompañarlos un séquito de admiradores para ensalzarlos sin cesar.

El segundo conglomerado, o sea, el de los gobernados está constituido por la masa, la cual es controlada más o menos por el esquema legal, pero también a la voluntad arbitraria de los funcionarios. En ellas el sujeto renuncia a su individualidad y se subordina enteramente al grupo en el poder diferenciando los asuntos públicos porque los supone más difíciles de lo que en realidad son.

Dentro de la clase gobernante existe un Presidente o Jefe supremo quien en el fondo no podría dirigir los destinos de la nación, si no fuera porque ha obtenido el apoyo del capitalismo intrínseco. En realidad se puede decir que estos dos grupos se subordinan el uno al otro, porque ambos necesitan colaboración permitiéndose determinado grado de enriquecimiento mutuo.

A la preponderancia absoluta de una sola fuerza política es a lo que Montesquieu denominó el despo-

tismo, porque aquel que adquiere el poder actúa en beneficio de los intereses establecidos, pero al mismo tiempo desarrolla las pasiones agresivas y sexuales que el poder le otorga. En otras palabras, cualquier régimen absolutista suele provocar vicios inimaginables porque no puede haber control alguno sobre sus acciones.

Por otra parte los dirigentes implementan sus actividades valiéndose de un estrato compacto. Naturalmente que me refiero aquí a los funcionarios menores, burócratas, jueces, policías y hasta el ejército de los que en un análisis final depende la conducta moral del esquema político. Cualquier deficiencia en este segmento representa el mayor peligro que afronta un país, porque si media docena de personas que ocupan altos cargos carecen de bases éticas su repercusión no es tan grande como si el problema, como sucede entre nosotros, abarca a cientos de miles. Incluso, todos sabemos que a veces la organización burocrática opera de tal manera que el favoritismo de los superiores a los subalternos en cuanto a favores, determinan las posiciones que se escalan. Este tema resulta fundamental porque casi podemos afirmar que del nivel moral de una burocracia depende la inclinación social que pueda tener todo un pueblo.

Si a lo anterior añadimos que en México los funcionarios públicos se han perpetuado en el poder durante más de medio siglo su influencia tendrá que haber sido decisiva en la generación que siga y que por más exitosas que sean las elecciones a efectuarse difícilmente podrán modificar una maquinaria de corrupción ininterrumpida.

Las próximas elecciones

En los países como el nuestro donde casi toda la población tiene derecho al voto, los partidos políticos han tratado de ganarse la elección entre los pobres e ignorantes que constituyen las mayorías. Esta masa vive dentro de la sumisión y su mayor interés reside en obtener ventajas económicas de un gobierno que se ocupe de ellos. Para ganar la simpatía de la clase popular los candidatos se suelen volver cínicos denunciando a los poderosos acusándolos de egoístas y que están llenos de vicios. En seguida agregan que si llegan al poder regularán la vida de los ricos haciendo que desaparezcan las distinciones sociales. Esta actitud demagógica la hemos sufrido demasiado a lo largo de los gobiernos que han operado desde hace medio siglo en México y psicoanalíticamente constituye una "racionalización", o sea, un argumento favorable para uno pero que en el fondo es falso, porque como vimos en el

artículo tan pronto como se adquiere el poder se deja de pensar en la pobreza y comienza a operar un esquema económico conocido que suele favorecer al gran capital.

El problema mayor que enfrentamos en las próximas elecciones reside en la credibilidad de las mismas si gana el partido que actualmente está en el poder. La razón parte de que el fascismo comienza cuando un país se mantiene unitario nominando a sus representantes gubernamentales en bloque e impidiendo el cambio que sería bienvenido. La situación psicológica derivada de la falta de alternancia política tiene que llevar al estallido de la agresión y por lo tanto a la imposibilidad de gobernar. Recientemente tuve la oportunidad de leer el libro de Maurice Bardèche sobre el origen del fascismo, que según el autor no es la tiranía de un solo hombre, ni el racismo biológico; tampoco la intolerancia o persecución de una policía secreta, sino el espíritu de una élite egoísta que se opone a cualquier tipo de democracia.